

sólo fueron superadas por las más extraordinarias todavía del comercio internacional, que se multiplicaron por cuatro desde 1780 para alcanzar unos 800 millones de libras esterlinas, y muchos más en otras monedas menos sólidas y estables.

La ciencia nunca había parecido más triunfal; los conocimientos nunca habían sido más vastos. Más de cuatro mil periódicos informaban a los ciudadanos del mundo y el número de libros publicados anualmente sólo en Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos se contaban en números de cinco cifras. Los inventos alcanzaban cada año cimas más sorprendentes. La lámpara de Argand (1782-1784) acababa de revolucionar la iluminación artificial —fue el mayor avance desde las lámparas y candelas de aceite—, cuando los gigantes laboratorios llamados «fábricas de gas», enviando sus productos a través de interminables tuberías subterráneas, empezaron a iluminar las factorías³ y poco después las ciudades europeas: Londres desde 1807, Dublín desde 1818, París desde 1819, incluso la remota Sydney en 1841. Y ya era conocido el arco voltaico eléctrico. El profesor Wheatstone de Londres ya planeaba unir a Inglaterra con Francia por medio de un telégrafo submarino. Cuarenta y ocho millones de viajeros utilizaron los ferrocarriles del Reino Unido en un solo año (1845). Hombres y mujeres podían ser trasladados a lo largo de tres mil millas (1846) —y antes de 1850 a lo largo de seis mil— de vía férrea en la Gran Bretaña y más de nueve mil en los Estados Unidos. Servicios regulares de vapores unían ya a Europa con América y con la India.

Sin duda todos esos triunfos tenían su lado oscuro, aunque éste no figurase en los cuadros estadísticos. ¿Cómo se iba a encontrar una expresión cuantitativa para el hecho, que pocos podrían negar hoy, de que la Revolución industrial creó el mundo más feo en el que el hombre jamás viviera, como lo demostraban las horrendas, sucias, malolientes y enlodadas calles de los barrios bajos de Manchester? ¿O para los hombres y mujeres, desarraigados en número sin precedente, y privados de toda seguridad, que constituían el más desgraciado mundo? Sin embargo, podemos perdonar a los paladines del progreso en la década de 1840 su confianza y su decisión «de que el comercio pueda seguir libremente hacia adelante, llevando la civilización en una mano y la paz en la otra, para hacer a la humanidad mejor, más sabia y más dichosa». «Señor —decía Palmerston, continuando esta rosada exposición en 1842, el más oscuro de los años—, este es el designio de la Providencia.»⁴ Nadie podía negar que existía una pobreza espantosa. Muchos aseguraban que iba aumentando y ahondándose. A pesar de ello, por ese criterio de todos los tiempos que mide los triunfos de la industria y la ciencia, ¿podía sostener el más pesimista de los observadores racionalistas que en términos mate-

3. Boulton y Watt las introdujeron en 1798. Las fábricas de algodón de Philips y Lee, en Manchester, utilizaron constantemente, desde 1805, un millar de mecheros.

4. Hansard, 16 de febrero de 1842, citado en Robinson y Gallagher, *Africa and the Victorians*, 1961, p. 2.

16. CONCLUSIÓN: HACIA 1848

La miseria y el proletariado son las úlceras que supuran en los organismos de los estados modernos. ¿Pueden curarse? Los médicos comunistas proponen la completa destrucción y aniquilamiento de los organismos existentes... Una cosa es cierta, si esos hombres ganan el poder no sería una revolución política sino social, una guerra contra toda la propiedad, una verdadera anarquía. ¿Abriría, en cambio, el camino a nuevos estados nacionales, y sobre qué cimientos sociales se alzarían éstos? ¿Quién alzarará el velo del futuro? ¿Y qué parte representará Rusia en él? «Me siento en la playa y espero el viento», dice un viejo proverbio ruso.

HAXTHAUSEN¹

I

Empezamos examinando la situación del mundo en 1789. Concluiremos con una ojeada sobre él unos cincuenta años más tarde, al final del medio siglo más revolucionario que la historia había conocido hasta aquella fecha.

Fue una época de superlativos. Los numerosos nuevos compendios estadísticos en los que aquella era de cuentas y cálculos trataban de incluir todos los aspectos del mundo conocido² llegarían con justicia a la conclusión de que virtualmente cada cantidad mensurable era más grande (o más pequeña) que antes. La parte del mundo conocida, incluida en los mapas e intercomunicada, era mayor que nunca y sus comunicaciones increíblemente más rápidas. La población del mundo era también mayor que nunca; en varios casos mucho mayor de toda esperanza o probabilidad previas. Las ciudades de gran tamaño se multiplicaban en todas partes como nunca. La producción industrial alcanzaba cifras astronómicas: en la década 1840-1850 fueron extraídos del interior de la tierra unos 640 millones de toneladas de carbón. Estas cifras

1. Haxthausen, *Studien ueber... Russland*, 1847, I, pp. 156-157.

2. Unos cincuenta grandes compendios de este tipo se publicaron entre 1800 y 1848, sin contar las estadísticas gubernamentales (censos, investigaciones oficiales, etc.) ni los nuevos y numerosos periódicos especializados en economía y lleys de cuadros estadísticos.

riales aquel tiempo era peor que todos los pasados o que el presente en los países no industrializados? No podía. Pero era bastante amarga la acusación de que la prosperidad material de los trabajadores pobres no era con frecuencia mayor que en el oscuro pasado y muchas veces peor que en las épocas de que se conservaba memoria. Los paladines del progreso intentaban rebatir esto con el argumento de que ello se debía no a las operaciones de la nueva sociedad burguesa, sino, por el contrario, a los obstáculos que el viejo feudalismo, la monarquía y la aristocracia seguían poniendo en el camino de la perfecta iniciativa libre. Por su parte, los nuevos socialistas insistían en que se debía a las operaciones de aquel sistema. Unos y otros coincidían en que la situación era cada vez más penosa. Unos sostenían que se superaría dentro de la estructura del capitalismo y otros discrepaban de esta creencia, pero ambos pensaban con razón que la vida humana se enfrentaba con unas perspectivas de mejora material que conseguiría el control de las fuerzas de la naturaleza por el hombre.

No obstante, cuando hoy emprendemos el análisis de la estructura política y social del mundo en la década 1840-1850, dejamos el terreno de los superlativos por el de unas exposiciones más modestas. La gran mayoría de los habitantes del mundo seguían siendo campesinos como antes, aun cuando hubiera algunas zonas —sobre todo en Inglaterra— en donde ya la agricultura era la ocupación de una pequeña minoría y la población urbana estaba a punto de superar a la rural, lo que ocurrió por primera vez en el censo de 1851. Proporcionalmente había menos esclavos, ya que la trata internacional había sido abolida oficialmente en 1815 y la esclavitud en las colonias británicas en 1834 y en las liberadas de los franceses y los españoles, durante y después de la Revolución francesa. A pesar de lo cual, mientras las Indias Occidentales eran ahora, con algunas excepciones no británicas, una zona agrícola legalmente libre, la esclavitud seguía extendiéndose en los dos grandes bastiones que le quedaban: Brasil y el sur de los Estados Unidos, estimulada por el progreso de la industria y el comercio que se oponía a cualquier restricción de bienes y personas, y por la prohibición oficial que hacía más lucrativo aún el comercio de esclavos. El precio aproximado de un esclavo labrador en el sur de los Estados Unidos, que era de 300 dólares en 1795, oscilaba en 1860 entre 1.200 y 1.800 dólares;⁵ el número de esclavos en los Estados Unidos ascendió de 700.000 en 1790 a 2.500.000 en 1840 y a 3.200.000 en 1850. Seguir vieniendo de África, pero también se engendraban cada vez más para su venta dentro de la zona esclavista, es decir, en los estados fronterizos de Norteamérica que los suministraban a las cada vez mayores plantaciones de algodón.

Aparte de ello, se venían estableciendo otros sistemas de semiesclavitud como la exportación de «trabajo contratado» desde la India a las islas del azúcar del océano Índico y de las Indias Occidentales.

La servidumbre o vínculo legal de los campesinos a la gleba había sido

5. R. B. Morris, *Encyclopedia of American History*, 1953, pp. 515-516.

abolida en gran parte de Europa, pero sin cambiar mucho la situación del trabajador rural pobre en zonas tradicionalmente latifundistas como Sicilia o Andalucía. Pero la servidumbre seguía subsistiendo en sus principales plazas fuertes europeas, aunque después de su gran expansión inicial su número seguía siendo aproximadamente el mismo en Rusia —entre diez y once millones de varones después de 1811— o sea, que declinaba en términos relativos.⁶ No obstante, la agricultura servil (a diferencia de la agricultura esclavista) declinaba visiblemente, sus desventajas económicas eran cada vez más patentes y —sobre todo desde la década de 1840— la rebelión del campesinado iba en aumento. La mayor sublevación de los siervos fue probablemente la de la Galitzia austríaca en 1846, preludio de la emancipación general por la revolución de 1848. En Rusia hubo 148 tumultos campesinos en 1826-1834, 216 en 1835-1844, 348 en 1844-1854, culminando en los 474 alzamientos de los últimos años anteriores a la emancipación de 1861.⁷

Al otro lado de la pirámide social, la posición de la aristocracia rural también cambió menos de lo que se podía pensar, salvo en los países de revolución campesina directa como Francia. Sin duda había ahora países —Francia y los Estados Unidos, por ejemplo— en donde los hombres más ricos ya no eran los grandes propietarios rurales (excepto los que habían adquirido grandes posesiones como símbolo de su ingreso en la más alta clase social, por ejemplo los Rothschild). Pero todavía en la Inglaterra de la década de 1840 las mayores concentraciones de riqueza eran seguramente las de los pares, y en el sur de los Estados Unidos las de los plantadores de algodón, que incluso crearon una caricatura provinciana de la sociedad aristocrática, inspirada por los conceptos «caballería», «romance» y otros empleados por Walter Scott, que tenían muy poco que ver con los esclavos negros, a expensas de los cuales medraban, y con los granjeros puritanos que se alimentaban de maíz y maneca de cerdo. Desde luego esta solidez aristocrática ocultaba un cambio: la renta de los nobles dependía cada vez más de la industria, los almacenes y las acciones, el verdadero dominio de la despreciada burguesía.

También las «clases medias» habían crecido rápidamente, pero su número no era todavía abrumadoramente grande. En 1801 había en Inglaterra unas 100.000 personas que pagaban impuestos por ganar más de 150 libras anuales; al final de nuestro período venían a ser unas 340.000;⁸ es decir, contando con sus familias, llegaban a un millón y medio de personas, de una población total de 21 millones (1851).⁹ Naturalmente, el número de los que trata-

6. La extensión de la servidumbre bajo Catalina II y Pablo (1762-1801) hizo aumentar el número de siervos varones de 3.800.000 a 10.400.000 en 1801 (P. Lyashchenko, *History of the Russian National Economy*, pp. 273-274).

7. Lyashchenko, *op. cit.*, p. 370.

8. I. Stamp, *British Incomes and Property*, 1920, pp. 431 y 515.

9. Tales estimaciones son arbitrarias, pues suponen que cada persona incluida en la clase media tenía por lo menos un criado. Las 674.000 sirvientas domésticas en 1815 nos dan algo más del máximo de familias de la «clase media», y el de 50.000 cocineras (y otras tantas doncellas y porteras), el mínimo.

ban de emular el nivel de vida de esa clase media era mucho mayor. No todos eran muy ricos; según el cálculo del eminente estadístico William Farr (*Statistical Journal*, 1857, p. 102), el número de los que ganaban más de 5.000 libras anuales era de unos 4.000, incluyendo en él a la aristocracia; cifra no demasiado incompatible con la de los patronos de los 7.579 cocheros domésticos que adornaban las calles de Inglaterra. Podemos suponer que la proporción de las «clases medias» en otros países no era mucho más alta que ésta: más bien sería algo más baja.

Las clases trabajadoras (incluyendo el nuevo proletariado de fábricas, minas, ferrocarriles, etc.) crecían naturalmente de una manera vertiginosa. Sin embargo, salvo en Inglaterra, a lo sumo podían ser contadas por cientos de miles, pero no por millones. Comparadas con la población total del mundo, su número era todavía desdibujable y en todo caso —con la excepción otra vez de Inglaterra y algunos pequeños núcleos en otros sitios— totalmente desorganizadas. Pero, como hemos visto, su importancia política era ya inmensa y un tanto desproporcionada a su volumen y hechos.

La estructura política del mundo también se había transformado considerablemente en 1840-1850 aunque no tanto como el observador confiado o pesimista pudo haber imaginado en 1800. La monarquía continuaba siendo la forma corriente de gobierno, excepto en el continente americano. Pero incluso en éste, uno de los más grandes países (Brasil) era un imperio y otro (México) también tuvo esta forma política bajo el general Iturbide (Agustín I) desde 1822 hasta 1833. Ciertamente que varios reinos europeos, incluido el de Francia, podían considerarse ahora monarquías constitucionales, pero fuera de un grupo de tales regímenes en la orilla oriental del Atlántico, la monarquía absoluta predominaba en todas partes. Ciertamente que en aquella década surgieron varios estados nuevos producto de la revolución: Bélgica, Serbia, Grecia y algunos latinoamericanos. Pero, aun cuando Bélgica era una potencia industrial importante (en gran parte gracias a moverse en la órbita de su gran vecina Francia),¹⁰ el más importante de los estados revolucionarios era uno que ya existía en 1789, los Estados Unidos. Los Estados Unidos gozaban de dos inmensas ventajas: la falta de vecinos fuertes o potencias rivales que pudieran o quisieran impedir su extensión a través del ancho continente hasta el Pacífico —los franceses les habían vendido una zona tan grande como los Estados Unidos de entonces en la «Compra de la Luisiana» en 1803— y una capacidad extraordinariamente rápida de expansión económica. La primera ventaja era compartida también por Brasil, que, separado pacíficamente de Portugal, se libró de la fragmentación que una generación de guerras revolucionarias impuso a la América española; en cambio, sus enormes riquezas permanecían casi inexploradas.

Desde luego, había habido grandes cambios. Además, casi desde 1830 la importancia de tales cambios crecía visiblemente. La revolución de 1830 in-

10. Cerca de un tercio de la producción belga de carbón y de acero era exportada, casi enteramente, a Francia.

trujo las constituciones moderadamente liberales de la clase media —anti-democráticas a la vez que antiaristocráticas— en los principales estados de la Europa occidental. Hubo, sin duda, algunos compromisos impuestos por el temor de una revolución de masas que desbordara las modestas aspiraciones de la clase media. Sin embargo, las clases terratenientes estaban muy representadas en el gobierno, como en Inglaterra, mientras grandes sectores de las nuevas —y en especial las industriales más dinámicas— quedaban sin representación, como en Francia. Fueron, no obstante, compromisos que inclinaban de modo decisivo la balanza del lado de las clases medias. En todos los asuntos importantes, el interés de los industriales británicos prevalecía a partir de 1832; la abolición de las leyes de cereales bien valía su separación de los más extremistas propósitos republicanos y anticlericales de los utilitaristas. No puede dudarse de que en la clase media de la Europa occidental el liberalismo (aunque no el radicalismo democrático) estaba en alza. Sus principales oponentes (los conservadores en Inglaterra, los bloques generalmente agrupados alrededor de la Iglesia católica en otros sitios) estaban a la defensiva y lo sabían.

Claro que también la democracia radical había hecho grandes avances. Después de cincuenta años de vacilación y hostilidad, la presión de los grandes y los hombres de la frontera acabó por imponerla en los Estados Unidos bajo el presidente Andrew Jackson (1829-1837), casi al mismo tiempo que la revolución europea recuperaba su ímpetu. Muy al final de nuestro período (1847) una guerra civil entre radicales y católicos estalló en Suiza. Pero pocos liberales de la moderada clase media pensaban todavía que este sistema de gobierno, invocado por los revolucionarios de izquierdas, adaptado al parecer para los pequeños productores y comerciantes de las montañas y las praderas, podría convertirse un día en la característica amazón política del capitalismo y ser defendido como tal contra los asaltos del mismo pueblo que lo proclamaba en aquella década.

Sólo en política internacional había habido una revolución en apariencia y virtualmente total. El mundo de la década de 1840 estaba dominado por completo —tanto política como económicamente— por las potencias europeas, a las que se sumaban los Estados Unidos. La guerra del opio de 1839-1842 había demostrado que la única gran potencia no europea superviviente, el Imperio chino, estaba inerme frente a una agresión militar y económica de Occidente. En el futuro, nada parecía que podría oponerse a la marcha de unos cuantos regimientos o baterías occidentales que llevaban con ellos mercaderes y Biblias. Y dentro de este general predominio occidental, el de Inglaterra era supremo, puesto que poseía más cañones, más mercaderes y más Biblias que nadie. Tan absoluta era esta supremacía británica, que apenas necesitaba un control político para actuar. Ya no quedaban otras potencias coloniales que las permitidas por Inglaterra y que, por tanto, no eran rivales suyas. El Imperio francés estaba reducido a unas cuantas islas y factorías comerciales esparcidas, aunque se hallaba en vías de resucitar en el Mediterráneo, en Argelia; el holandés, restaurado en Indonesia bajo la mirada vigilante de la nueva factoría británica de Singapur, apenas era competi-

don; los españoles conservaban Cuba, las Filipinas y algunas vagas pretensiones en África; las colonias portuguesas estaban justamente olvidadas. El comercio británico dominaba la independiente Argentina, el Brasil y los estados norteamericanos del sur, así como la colonia española de Cuba o las británicas de la India. Las inversiones británicas tenían sus más fuertes intereses en el norte de los Estados Unidos y en todas partes en donde había un desarrollo económico. Jamás en la historia del mundo una sola potencia había ejercido mayor hegemonía que la de Inglaterra a mediados del siglo XIX, pues hasta los mayores imperios o hegemonías del pasado —el chino, el mahometano, el romano— siempre fueron puramente regionales. Nunca desde entonces una potencia sola ha logrado restablecer una hegemonía parecida ni es probable que pueda restablecerla en el futuro, ya que ninguna pudo ni podrá ostentar el título de «taller del mundo».

No obstante, el futuro declinar de Inglaterra era ya visible. Observadores inteligentes, como Tocqueville y Haxthausen, ya predijeron entre 1830 y 1850 que la extensión y los recursos de los Estados Unidos y Rusia no tardarían en hacer de ambos países los gigantes gemelos del mundo. Dentro de Europa, Alemania —según predijo en 1844 Friedrich Engels— pronto sería también una peligrosa competidora. Sólo Francia se había apartado de la competencia en la hegemonía universal, aunque esto no era tan evidente que calmara las sospechas de los estadistas británicos y de otros países.

En resumen, el mundo de 1840-1850 carecía de equilibrio. Las fuerzas del cambio económico, técnico y social liberadas en el medio siglo anterior eran insólitas e irresistibles hasta para el observador más superficial. En cambio sus consecuencias institucionales eran modestas todavía. Parecía inevitable, por ejemplo, que más tarde o más temprano la esclavitud y la servidumbre legal (salvo en las remotas regiones todavía no afectadas por la nueva economía, en la que permanecían como reliquias) desaparecerían. También parecía inevitable que Inglaterra dejara de ser algún día el único país industrializado. Era inevitable que las aristocracias latifundistas y las monarquías absolutas perdieran vigor en los países en donde se desarrollaba una fuerte burguesía, a pesar de los compromisos políticos o fórmulas que encontraran para conservar su situación económica, su influencia y su fuerza política. Además, era inevitable que la entrada de la conciencia política y la actividad política permanente en las masas —el gran legado de la Revolución francesa— significaría un día u otro un importante papel de esas mismas masas en el juego político. Y dada la notable aceleración del cambio social desde 1830, y la reaparición del movimiento revolucionario mundial, era también inevitable que no tardasen en producirse algunos cambios, cualquiera que fuese su precisa naturaleza institucional.¹¹

11. Esto, claro es, no quiere decir que todos los cambios predichos entonces como inevitables llegarán a producirse; por ejemplo, el triunfo universal del comercio libre, la paz. Las asambleas representativas soberanas, la desaparición de las monarquías o de la Iglesia católica romana, etc.

Todo ello hubiera bastado para dar a los hombres de la década de 1840 la conciencia de una inminente transformación. Pero no para explicar lo que se sentía concretamente en toda Europa: la conciencia de una inminente revolución social. No dejaba de ser significativo que esa conciencia no se limitara a los revolucionarios que la preparaban metódicamente, y a las clases gobernantes, cuyo temor a las masas es patente en épocas de cambio social. También los pobres la sentían. Y sus estratos más cultos la expresaban. «Todas las gentes bien informadas —escribía el cónsul norteamericano en Amsterdam durante el hambre de 1847, refiriendo los sentimientos de los emigrantes alemanes que cruzaban Holanda— expresan la creencia de que la crisis actual está tan profundamente entrelazada con los acontecimientos de esta época, que no es sino el comienzo de la gran revolución, que consideran habrá de disolver más tarde o más temprano el presente estado de cosas.»¹²

La razón era que la crisis de lo que quedaba de la antigua sociedad parecía coincidir con una crisis de la nueva. Mirando a la década 1840-1850 es fácil colegir que los socialistas que predicaban la inminente desaparición del capitalismo eran unos soñadores que confundían sus esperanzas con las perspectivas realistas. Pues, en efecto, lo que sucedió no fue la quiebra del capitalismo, sino su más rápido e indiscutible período de expansión y de triunfo. Claro que todavía entre 1830 y 1850 no era evidente que la nueva economía pudiera o quisiera superar sus dificultades que parecían aumentar con su potencia para producir cada vez mayores cantidades de mercancías por métodos más y más revolucionarios. Sus teóricos estaban obsesionados con la perspectiva del «estado estacionario», del estancamiento de la fuerza motriz que impulsaba hacia adelante a la economía, estado que (a diferencia de los teóricos del siglo XVIII o los del período subsiguiente) consideraban como algo inminente más bien que como una reserva teórica. Sus paladines estaban indecisos respecto a su futuro. En Francia, los hombres que capitaneaban las altas finanzas y la industria pesada (los sansimonianos) todavía en 1830-1840 vacilaban entre el capitalismo y el socialismo como camino mejor para lograr el triunfo de la sociedad industrial. En los Estados Unidos, hombres como Horace Greeley, que se immortalizarían como profetas de la expansión individualista («¡Vete al Oeste, joven!» era su consigna), estaban por aquellos años adheridos al socialismo utópico, difundiendo y comentando los méritos de las «falanges» futuristas, aquellas comunas semejantes a *kibbutzim* que compaginaban tan mal con lo que ahora se considera «americanismo». Los hombres de negocios, estaban desesperados. Ahora puede parecerlos incomprensible que algunos negociantes cuáqueros como John Bright y los afortunados fabricantes de algodón de Lancashire, en medio de su más dinámico período de expansión, estuvieran dispuestos a hundir a su país en el caos, el hambre y el motín por un *lock-out* político general, organizado sólo para abolir las tarifas.¹³ Sin embargo, en el terrible año 1841

12. M. L. Hansen, *The Atlantic Migration 1607-1860*, Harvard, 1945, p. 252.

13. N. McCord, *The Anti-Corn Law League 1838-1846*, Londres, 1958, cap. V.

pudo parecer a los capitalistas reflexivos que la industria no se enfrentaría sólo con inconvenientes y pérdidas, sino con una estrangulación general, si no se hacían desaparecer los obstáculos que se oponían a su ulterior expansión.

Para la masa del vulgo el problema era mucho más simple. Como ya hemos visto, sus condiciones de vida en las grandes ciudades y los distritos fabriles de la Europa occidental y central los impulsaba inevitablemente hacia la revolución social. Su odio hacia la riqueza y la grandeza de aquel amargo mundo en que vivían, y sus sueños de un mundo nuevo y mejor, daban a su desesperación ojos y un sentido, aun cuando sólo algunos, sobre todo en Francia e Inglaterra, tuvieran conciencia de ese significado. Su organización o su facilidad para la acción colectiva les daba fuerza. El gran despertar de la Revolución francesa les había enseñado que el pueblo llano no tiene por qué sufrir injusticias mansamente: «las naciones nada sabían antes, y los pueblos pensaban que los reyes eran dioses en la tierra, por lo que debían limitarse a decir que todo cuanto hicieran estaba bien hecho. A causa del presente cambio es más difícil gobernar al pueblo».¹⁴

El «espectro del comunismo» era lo que horrorizaba a Europa. El miedo al «proletariado» dominaba no sólo a los propietarios de fábricas en Lancashire o en el norte de Francia, sino también a los funcionarios civiles en la Alemania rural, al clero en Roma y a los profesores en todas partes. Y con razón, pues la revolución que estalló en los primeros meses de 1848 no fue una revolución social sólo en el sentido de que movilizó y envolvió a todas las clases sociales. También lo fue, en sentido literal, el alzamiento de los trabajadores pobres en las ciudades —especialmente en las capitales— de la Europa central y occidental. Suya, y casi sólo suya, fue la fuerza que derribó los antiguos regímenes desde Palermo hasta las fronteras de Rusia. Cuando el polvo se asentó sobre sus ruinas, pudo verse a los trabajadores —en Francia decididamente trabajadores socialistas— que en pie sobre ellas exigían no sólo pan y trabajo, sino también una nueva sociedad y un nuevo Estado.

Mientras los trabajadores pobres se agitaban, la creciente debilidad y obsolescencia de los antiguos regímenes de Europa multiplicaba las crisis dentro del mundo de los ricos y los influyentes, lo que en sí no tuvo gran importancia. De haberse producido en otros momentos o en sistemas que permitieran a los diferentes grupos de las clases dirigentes resolver de forma pacífica sus rivalidades, no habrían llevado a la revolución más de lo que las constantes rencillas de las facciones cortesanas desde el siglo xviii llevaron en Rusia a la caída del zarismo. En Inglaterra y Bélgica, por ejemplo, hubo numerosos conflictos entre agrarios e industriales y los diferentes sectores de unos y otros. Pero estaba claramente entendido que las transformaciones de 1830-1832 habían inclinado la balanza en favor de los industriales, que, no obs-

14. T. Kolokotronis, citado en L. S. Stavrianos, «Antecedents to Balkan Revolutions», *Journal of Modern History*, XXIX (1957), p. 344.

tante el *statu quo* político, sólo podían ser vencidos afrontando el riesgo de una revolución, que debía evitarse a toda costa. En consecuencia, la dura batalla entre los industriales librecambistas ingleses y los proteccionistas agrarios acerca de las leyes de cereales se libró y ganó (1846) en medio de la agitación carlista sin comprometer un solo momento la unidad de todas las clases gobernantes frente a la amenaza del sufragio universal. En Bélgica, la victoria de los liberales sobre los católicos en las elecciones de 1847 separó a los industriales de las filas de los revolucionarios potenciales, y una reforma electoral cuidadosamente preparada en 1848 y que duplicó el electorado,¹⁵ atenuó el descontento de importantísimos sectores de la clase media baja. No hubo revolución de 1848, aunque en términos de verdadero sufrimiento, la situación de Bélgica (o más bien de Flandes) era probablemente peor que en ninguna otra parte de la Europa occidental, excepto Irlanda.

Pero, en la Europa absolutista, la rigidez de los regímenes políticos de 1815, creados con el designio de impedir cualquier cambio de tipo liberal o nacional, no dejó más opción —incluso a las oposiciones más moderadas— que la del *statu quo* o la revolución. Estas oposiciones podían no estar dispuestas a la revuelta, pero —salvo que se produjera una revolución social irrevocable— nada saldrían ganando si nadie lo hacía. Los regímenes de 1815 tenían que desaparecer más tarde o más temprano, y sus valedores lo sabían. La certidumbre de que «la historia estaba contra ellos» minaba su voluntad de resistencia. En 1848, el primer soplido revolucionario, dentro o fuera, los apartaría. Pero mientras no se produjera ese soplo no cedían en su actitud. Mas, al contrario que en los países liberales, las fricciones de escasa importancia dentro de los regímenes absolutistas, como los choques de los gobernantes con las dietas de Prusia y Hungría, la elección de un papa «liberal» en 1846 (es decir, un intento de acercar el papado unos milímetros al siglo xix), el disgusto de una favorita regia en Baviera, etc., se convirtieron en agudas vibraciones políticas.

En teoría, la Francia de Luis Felipe compartía la flexibilidad política de Inglaterra, Bélgica, Holanda y Escandinavia. Pero en la práctica no lo hacía. Pues aunque era evidente que la clase gobernante en Francia —banqueros, financieros y uno o dos grandes industriales— representaba sólo a una parte de los intereses de la clase media, y además a una cuya política económica desagradaba a los elementos industriales más dinámicos y también a los dife-

15. Formado todavía tan sólo por 80.000 votantes en una población de 4.000.000 de habitantes.

de Luis Felipe, el historiador Guizot (1840-1848), prefirió dejar el ensanchamiento de la base social del régimen al desarrollo económico, que aumentaría automáticamente el número de ciudadanos calificados para intervenir en la política. Así sucedió, en efecto. El electorado pasó de 166.000 en 1831 a 241.000 en 1846. Pero ello no fue suficiente. El miedo a la República jacobina mantenía la rigidez de la estructura política francesa, haciendo cada vez más tensa la situación. En las condiciones de Inglaterra, una campaña política por medio de discursos de sobremesa, como la que la oposición francesa desencadenó en 1847, hubiera sido perfectamente inocua. En las de Francia fue el preludio de la revolución.

Pues, como las otras crisis de la política gubernamental europea, coincidió con una catástrofe social: la gran depresión que cruzó por el continente desde mediados de la década 1840-1850. Las cosechas —y sobre todo la de patata— se perdieron. Poblaciones enteras como la de Irlanda, y un poco menos las de Silesia y Flandes, se morían de hambre.¹⁶ El precio de los alimentos subió mucho. La depresión industrial multiplicó el paro, y las masas trabajadoras de las ciudades se vieron privadas de sus modestos salarios en el momento en que el coste de la vida resultaba insostenible. La situación variaba de un país a otro y dentro de cada uno, pero —afortunadamente para los regímenes existentes— las poblaciones más misérrimas, como la irlandesa y la flamenca, o algunos trabajadores de las factorías provincianas, figuraban también entre los menos maduros: por ejemplo, los obreros algodoneros de los departamentos del norte de Francia, descargaron su desesperación sobre los también desesperados inmigrantes belgas que inundaban aquellas regiones más que contra el gobierno o contra sus patronos. Por otra parte, en las regiones más industrializadas, el filo más agudo del descontento ya se había embotado por la prosperidad de la gran industria y la construcción de ferrocarriles a mediados de la década 1840-1850. 1846-1848 fueron malos años, pero no tanto como 1841-1842; puede decirse que no pasaron de un bache en lo que era visiblemente un nivel ascendente de prosperidad económica. Pero, considerando en conjunto a la Europa central y occidental, la catástrofe de 1846-1848 fue universal y la disposición de ánimo de las masas, siempre dependiente del nivel de vida, tensa y apasionada.

Así pues, un cataclismo económico europeo coincidió con la visible corrosión de los antiguos regímenes. Un alzamiento campesino en Galitzia en 1846; la elección de un papa «liberal» el mismo año; una guerra civil entre radicales y católicos en Suiza a finales de 1847, ganada por los radicales; una de las constantes insurrecciones autonomistas sicilianas en Palermo a principios de 1848... Todo ello eran indicios: eran los primeros ruidos de la tormenta. Todo el mundo lo sabía. Rara vez una revolución ha sido más universalmente vaticinada, aunque sin concretar sobre qué país y en qué fecha estallaría. Todo un continente esperaba, dispuesto a transmitir al instante las

primeras noticias de la revolución, de ciudad en ciudad, por los hilos del telégrafo eléctrico. En 1831 ya había escrito Víctor Hugo que oía «el ronco son de la revolución, todavía lejano, en el fondo de la tierra, extendiendo bajo cada reino de Europa sus galerías subterráneas desde el túnel central de la mina, que es París». En 1847 el sonido era estentóreo y cercano. En 1848 se produjo la explosión.

16. En las regiones de Flandes donde se cultivaba el lino, la población disminuyó en un 5 por 100 entre 1846 y 1848.